



POBLACIÓN Y DESARROLLO

Presencia de la demografía en el debate político

*Francisco Alba**

En el último medio siglo se ha experimentado una gran celeridad en el ritmo de crecimiento y en la cuantía de la población, mundial y nacional. En 1987 la población mundial sumó 5 mil millones de personas; en 1940 sumaba un poco menos de la mitad de esa cantidad. En México el aumento demográfico ha sido mucho más rápido: la población nacional se estima (1988) en 82.8 millones; en 1940 los mexicanos sumaban 20 millones. Esta situación ha dado lugar — al igual que en ocasiones semejantes en el pasado — a reacciones encontradas entre las sociedades que la experimentan. No es raro que el crecimiento demográfico sea visto por muchos con temor y recelo, como factor de pobreza, escasez y desorganización social. Sin embargo, el crecimiento de la población y la complejidad sociodemográfica también han sido considerados factores de transformación económica, social y política.

En la discusión sobre la coyuntura mexicana actual, la dimensión política ha ido ganando espacios como consecuencia de la prolongación de las condiciones creadas por la crisis iniciada en 1982. La situación demográfica, producto de los cambios acaecidos en el país desde hace

más de medio siglo, es vista por ciertos observadores del escenario nacional como factor tendiente a alterar las circunstancias políticas, específicamente las que se refieren a los agentes — corporativismo — y al grado de competitividad del sistema de partidos — partido oficial hegemónico — que han estado presentes durante el mismo lapso. La dimensión demográfica se incorpora al debate coyuntural en el contexto de las formulaciones presentes sobre la democratización del régimen político mexicano. Esta nota aborda la incorporación de los factores políticos en la perspectiva de las ideas sobre población y desarrollo en México y comenta sobre el vínculo que se establece entre cambio demográfico y cambio político.

Ante la expansión geográfica, que cobra forma en los años cuarenta, la dirigencia mexicana vio un elemento de integración y soberanía nacionales y un factor propicio para la industrialización y el desarrollo económico y social del país. Más tarde, cuando las ideas del control de la población empiezan a ganar ascendiente en el mundo, algunas voces latinoamericanas se les oponen viendo en el dinamismo demográfico una fuerza que podría acelerar la transformación del or-

den social existente. En México, al adoptarse la política de adecuar el fenómeno demográfico a las posibilidades de desarrollo nacional, lo demográfico pasa a un primer plano como reto y exigencia para el desarrollo del sistema económico y la organización política y social del país. En la coyuntura actual se ha pasado de contemplar las tendencias de la población mexicana como un reto a pensarlas como una variable analítica y predictiva.

El México de hoy es otro, diferente del pasado; el país no se parece al de medio siglo atrás. El pequeño país de 1940 se ha convertido en un país grande. La exuberancia demográfica y la desbordada urbanización son punto de partida de reclamos políticos, al asociarse estas tendencias con la no menos considerable evolución cualitativa y estructural de la población en función de las transformaciones económicas y sociales que han tenido lugar en este período. Un primer cambio estructural es la concentración de la población en ciudades. En 1940 el país tenía 2.3 millones de personas viviendo en 6 ciudades con más de 100 mil habitantes; en 1980 más de 32 millones de personas vivían en 52 ciudades de similar tamaño. Otro cambio está dado por la instrucción creciente. La población alfabeta es actualmente ampliamente mayoritaria: 82.7% en 1980, frente a 43.2% en 1940; y la población con primaria completa se aproxima a la mayoría con 44.9% en esta categoría en 1980, contra tan sólo 11% en 1940. Las actividades de la población se han transformado radicalmente. Actualmente, el trabajo fuera de la agricultura es propio de tres de cada cuatro mexicanos activos, en 1940 era de uno por cada tres. Los cambios anteriores se asocian frecuentemente con el surgimiento y las manifestaciones de los sectores medios y con recientes tendencias electorales relacionadas, se dice, con la mayor diversidad, madurez y participación de la población. De ahí se pasa al reclamo de cambios en las formas de hacer política, hacia un régimen menos corporativo y más de partidos.

Reconocer que la demografía y el país son otros apunta hacia la complejidad de las condiciones estructurales de una sociedad en proceso de cambio, mas ello no permite por sí mismo señalar el rumbo posible de los acontecimientos. El fenómeno demográfico es sólo el punto de partida de una larga cadena transmisora de presiones, cuyo resultado no es fácil de prever. La asociación entre cambio demográfico —cuantitativo y cualitativo— y reclamo político descansa en la constatación de la multiplicación de necesidades, demandas

y aspiraciones insatisfechas o frustradas, incluidas algunas en el ámbito político. La presión demográfica es una advertencia al sistema político: que éste no es inmune a la parálisis en la absorción laboral, la ampliación de la brecha entre poder y riqueza de un sector de la sociedad y la impaciencia que suscita el monopolio del poder.

El escenario actual es muy especial. Por encima de todo las reformas políticas de años anteriores y de la emergencia de organizaciones de la sociedad civil, las circunstancias que probablemente marcan con mayor fuerza la coyuntura actual son las condiciones económicas y sociales en que se llega al momento presente. Ajuste y ordenamiento económicos se han reflejado en una recomposición de la estructura social con su correspondiente redistribución del ingreso y la riqueza. En sólo cuatro años, a partir de 1981, los salarios perdieron diez puntos porcentuales dentro de la distribución factorial del ingreso; en 1984 se encontraban por debajo de un tercio del ingreso total de factores. La dureza de los cambios económicos y sociales ejerce presión, necesariamente, sobre el régimen político; presión que se

ve magnificada por una multiplicada demografía mexicana, más concentrada, informada y exigente que en el pasado.

La incorporación de la dimensión demográfica en el análisis de la coyuntura del país es un hecho promisorio. No tomar en cuenta las modificaciones demográficas hace fracasar planes y programas económicos y sociales, o éstos se quedan cortos. Pero también el análisis político está incompleto y limitado en ausencia de la dimensión demográfica. En efecto, no se puede abstraer de la atención las demandas de una población numerosa, en expansión, más informada, comunicada y politizada, si el sistema político quiere mantener la estabilidad social en condiciones de crisis y transitar hacia situaciones mejores. La presión demográfica, sin embargo, no cierra por sí misma el camino a formas menos democráticas y más autoritarias, como sistemas alternativos para hacerle frente y reprimir sus demandas a fin de preservar, junto con la organización social, posiciones y privilegios. El tema de la transformación demográfica y el régimen político trasciende la coyuntura actual y seguramente estará entre nosotros en el futuro mediano. DemoS

